

Carta de Buenos Aires. Poesía en movimiento

Esther Andradi

«La poesía es presencia física, afirmaba Borges, una experiencia inmediata...» Y debe ser así nomás. Por lo menos en Buenos Aires, cuatro años después de la debacle que de la noche a la mañana catapultó a la pobreza al 50 por ciento de la población, la poesía fluye como producto de primera necesidad y se ofrece hasta en el Metro en abierta competencia con milagrosos santos locales y baratijas *madeinchina*. Para esta cronista el recorrido comenzó un tórrido domingo a las seis de la tarde en la Librería del Mármol en el barrio de Palermo Viejo, continuó el lunes en la Boutique del Libro de Villa Urquiza con el poeta Mario Nosotti, después en el bar Gildo en el barrio de Almagro con la poeta María del Carmen Colombo, coordinadora de talleres, y en Barrio Norte con la escritora Liliana Heer, del *staff* de la revista *Apofántica*. Y el fin de semana entrante en *Intervenciones Portuarias*, una propuesta multimedia que funcionó como Estudio Abierto en el antiguo Hotel de los Inmigrantes en la Dársena Norte, instalado en un predio que ofrecía jacarandaes en flor y música en vivo. Fue allí donde la mirada se detuvo en las carretillas que a fines del siglo XIX usaron los inmigrantes para descargar sus bártulos, y más tarde, ya de madrugada, reuniendo los tiempos, los cartoneros, esos nómades urbanos, transportaban los desechos de cartón usando –casi– las mismas carretillas. Los límites del tiempo se borronen en la ciudad del río y la penuria. Si esto no es poesía, la poesía dónde está, predicaría un populista, pero los políticos no se interesan por esta movida secreta a viva voz. Más que nombres, importan las acciones, y como flores del mal la poesía se reproduce en editoriales, programas de radio, revistas, festivales, encuentros y lecturas mientras poetas de todos los sexos proliferan en Buenos Aires y llegan también noticias de Rosario, Salta y Tierra del Fuego así como de Córdoba, Salta o Santa Fe Luis ... pero es preciso poner límites para contar este movimiento de bordes siempre en rotación.

Buenos Aires puede ser extremadamente cálida, de puro calurosa. Entonces los nervios porteños están en proporción indirecta con el aire acondicionado. A más aire, menos susceptibilidad y viceversa. Eran las seis de la tarde de ese domingo de noviembre y con 38 grados a la sombra cuando se inauguró la mesa de poesía en la Librería del Mármol, en el barrio de Palermo. Una librería cuyo dueño, un morocho con porte de surfista que se desliza también él, en las olas de la poesía. Con esta jugarreta del termómetro, parecía seguro que la tarde no iba a estar muy frecuentada. Mentira. La Librería del Mármol estaba repleta. Y sin aire acondicionado. El público constituido, en su mayoría, por poetas. Porque en Buenos Aires, y en toda Argentina, la poesía es una religión donde los iniciados se escuchan entre sí, de manera que las discusiones, presentaciones o lecturas, casi siempre adquieren características de taller porque fluyen –o se empantanan– de poeta a poeta. Es que aún a pesar de la oficialidad de ciertos tópicos –Casa de la Poesía, Centros Culturales– la poesía es el lugar imposible, una vereda que convoca corrientes, tendencias, maestros y discípulos y donde la boca está para hablar y pronunciarse, y después de puñaladas verbales, los saludos de rigor no se le niegan a nadie. Siempre se está en presencia de lo extraordinario.

Esa tarde fue testigo del contrapunto entre dos grandes poetas: Celia Gourinsky y Diana Bellessi. Y después de una necesaria pausa rociada con vino y cerveza, fluidos que hacían que el calor desapareciera un instante para brotar casi al tiempo multiplicado por los poros, sin embargo eran deliciosas las palabras mientras el sudor recorría los laberintos de la piel entre los pliegues de la ropa. Suspiros, y después de los suspiros, el plato fuerte: una discusión con tres editores de poesía, los tres también poetas: José Luis Mangieri, quien ya pasó los ochenta, una especie de tótem vital y exuberante, la tradición viviente por la pelea para imprimir poesía, fundador de varias editoriales desde la Rosa Blindada hasta la colección *Todos bailan* de Tierra Firme, que reúne lo más granado de la poesía argentina actual; Víctor Redondo, director de la editorial Último Reino, casi tres décadas más joven que Mangieri, y Daniel Mujica, el editor más joven de los tres. Bajaron las almas de Neruda, Vallejo y Tuñón y hasta los poetas españoles de la generación del 98 pero igual no hubo paz.

Daniel Mujica sacó los pies del plato y escupió el asado. «La poesía aquí no tiene mercado», dijo, «es un lugar cerrado, un ambiente de prestigios logrados como carta de presentación y no para vender, el

negocio de las editoriales de poesía son los poetas y no el público». Piedras, adoquines. «La poesía argentina no se salva por las editoriales sino porque se escribe mucho, cada vez se edita más, pero no se vende, ésa es la situación perversa». Para acabar, atacó a «los talleres de poesía», porque «son otro negocio. Unos prestigian y otros no». Luego calló. La réplica de Redondo fue lapidaria: «Tanto tiempo has hablado y para decir tanta estupidez: la imbecilidad más grande que escuché en mi vida», y concluyó: «Me das asco Mujica, la poesía no es negocio». Y se llamó a silencio.

«Tengo la lengua blanda porque tengo la espalda dura», intercedió Mangieri, sabio y contundente. Y después de aclarar, por si hiciera falta, que si no hubiera sido por el dinero de su primera mujer se hubiera muerto de hambre por editar poesía, abrió el abanico. «Vivimos en un continente que no devuelve, ni Vallejo ni Tuñón administraron su obra, como Neruda». Y defendió a los colegas: «Ser tallerista es una profesión, es lógico que se cobre». Finalizó con un imperativo: «El género poético exige una entrega absoluta». La molienda terminó cuando la anfitriona, la poeta Silvia Montenegro, autora del poemario *El diablo pide más*, –casi un título para esta jornada infernal–, invitó a cada editor a decir su poesía. Victor Redondo se negó a participar y adiós muchachos. Pero igual la noche fue un éxito.

La movida poética en revistas es asunto aparte. Podrá argumentarse y con razón, que las publicaciones vienen y van, y en general no permanecen. Sin embargo sobran ejemplos de vitalidad: en el 2004 el veterano poeta Jacobo Bajarlía fundó en Mar del Plata la revista *Apo-fántica*, dedicada a ensayo, poesía y narrativa, que desde entonces viene publicándose trimestralmente y con participación de poetas y escritores de todo el país gracias al asesoramiento de la escritora Liliana Heer, concedora de las cuerdas nacionales. O *El Camarote* dirigida desde Viedma por el poeta Raúl Artola o *La Idea Fija* –revista bastante literaria– de María Neder desde Puerto Almendro en San Luis que logró recuperarse del bajón del 2001 y sigue rodando. En la primera semana de diciembre del 2005 el Centro Cultural Borges inauguró la exposición Periféricas para expresar el fenómeno de las publicaciones independientes de poesía. El poeta Mario Nosotti, director de *Música Rara, poesía y aledaños*, una de las revistas poéticas porteñas más originales de la nueva era, abierta a la discusión con filosofía y poesía de otros países de América Latina, señala la existencia de más de veinte emprendimientos de este carácter que han venido a instalar-